

Andrés Trapiello

«El escritor de diarios»

El escritor Andrés Trapiello, autor, entre otros muchos libros, de cinco diarios agrupados bajo el título general de *Salón de pasos perdidos*, impartió en la Fundación Juan March, entre el 4 y el 13 de noviembre pasados, un curso de cuatro conferencias con el título de *El escritor de diarios* («El odioso yo. Vida y literatura», el día 4; «Intimidad y literatura: un imposible», el día 6; «Cien años de diarios en España», el día 11; y «El lector de diarios y el buscador de tesoros», el día 13). Se ofrece a continuación un amplio resumen de las conferencias.

En algún momento de la historia de la literatura al escritor le fueron insuficientes todos los géneros literarios conocidos hasta ese momento y hubo de recurrir a uno nuevo, que conocemos como *Diario*. Se ha dicho que la historia de la literatura ha sido en cierto modo la historia de la conquista del yo, de la identidad del escritor como tal, pero lo más paradójico de todo es que sólo cuando éste parece cansado del derecho a hablar de sí mismo, sólo cuando el romanticismo empieza a darle entrada a la modernidad, es justamente cuando los escritores deciden escribir sus diarios. Seguramente el diario literario sea el género de la modernidad, el que le es más característico, aquel que no existía antes de ella y que puede representarla mejor que ningún otro justamente por su fragmentación y falta de sistema. Como en el siglo XX, en el diario se suceden los ismos heterogéneos, complementándose entre ellos, más que excluyéndose: la anotación breve, el aforismo, la sentencia, la confidencia, la glosa, el largo excurso sentimental, el apunte de novela, el poema en prosa, la crónica.

Se ha dicho también que una de las razones por las cuales en España había prosperado tan poco el género memorialístico y diarístico se debía al fuerte arraigo de instituciones como la Inquisición y demás organizaciones religiosas contrarreformistas con un fuerte control sobre las conciencias. Es uno de esos lugares comunes que ha prendido con una

extraña fuerza, aunque no es demasiado sostenible. Lo extraño no es esto. Lo extraño, aquí y en Europa, es que los escritores no hacen uso del diario íntimo cuando hubieran podido precisarlo, por ejemplo en el momento en el que hablar de sí mismos en público les estaba vedado, como habría sido lo lógico, algo así como una terapia, sino, por el contrario, sólo cuando poder hablar de sí mismos en público no sólo les estaba permitido, sino que les producía ya un cierto tedio o cansancio, lo cual vendría a desbaratar otro de los lugares comunes más frecuentes cuando se habla de diarios, el mito de que es el género romántico por excelencia, cuando lo exacto es todo lo contrario. Sólo cuando el romanticismo se agotó como fórmula literaria, los escritores se decidieron no sólo a escribir sus diarios, sino a publicarlos. El caso de unos diarios como los de Amiel, tal vez el paradigma del diario íntimo por antonomasia, son buen ejemplo de ello. Es posible que escribir de uno mismo entrañe cierto romanticismo, pero si hay algo poco romántico, desde luego, es hacerlo en público.

Por eso, los diarios suelen ser algo mucho menos idílico de lo que se tiende a creer, bastante menos que ese lugar acolchado en el que el escritor se tiende y se narcotiza con el opio de la complacencia. En los diarios hay todo un desgarrado de la modernidad, la imposibilidad de recomponer un yo que parece haber llegado a ella maltrecho, sin

creencias, sin programas, sin salvación posible y, en cierto modo, todos y cada uno de ellos parecen más bien ese mensaje póstumo que arroja el náufrago en una botella con la esperanza de que le llegue a alguien, pero con la convicción de que aun siendo así, no servirá de nada, pues o no sabrán llegar hasta él o llegarán demasiado tarde. Pero el hombre es un ser tenaz, eso le caracteriza, y trágico, y un día y otro día parece cumplir el viejo rito de escribir esas líneas, embotellarlas cuidadosamente y arrojarlas a las olas de la playa con la secreta ilusión de que algún día lleguen allí a donde a él mismo le está vedado ir. Toda esa operación, reiterada sin desmayo, ha de producirle inevitable cansancio. Es la característica de los tiempos modernos, nacidos del tedio y consumados en una extenuación.

Los diarios son hijos de ese cansancio, y aunque pueda parecer una nueva paradoja, el lugar en el que un hombre, que ha alcanzado el derecho a poder hablar de sí mismo en público, se retira para poder hacerlo en privado. Aunque lo cierto es que las cosas no volverán nunca a ser las mismas para él, pues desde entonces las fronteras entre lo público, lo privado y lo íntimo parecerán borradas para siempre, lo que sin duda ha de producirle un mayor y un más profundo desánimo. El que se ama a sí mismo, el que escribe un diario para expresar el amor que siente por sí mismo, el que lo utiliza como cátedra o palestra para la propaganda, aquel que se magnifica a sí mismo en la impunidad que da la intimidad, está perdido para la literatura. De eso no hay ninguna duda y podría recordársele al escritor de diarios el consejo policial a los detenidos: todo lo que diga puede ser utilizado en su contra, que podríamos completar con aquello de que las mentiras que se cuenta uno a sí mismo son las que peor remedio tienen, pues son el fundamento de todas las locuras sin fundamento.

Por otra parte escribimos un diario porque no somos personas enteramente felices. De eso no hay duda. La felicidad excluye toda escritura de esta natu-

raleza. El escritor de diarios parte, pues, de un descontento, una desdicha o una insatisfacción, por lo que no cabe hablar de una relación narcisista, sino de una relación atormentada o anómala consigo mismo y con los demás.

Se escribe también como un desahogo. Con frecuencia el diario se convierte, y es otro de los lugares comunes perfectamente estudiados y, en este caso, con mayor fundamento, en el cajón a donde van a parar todos los negros humores. Incluso en el hecho de escribir hay mucho de drenaje. En algún momento hemos dicho que el diario es ese lugar al que acuden los seductores con poca fortuna, tal y como definió Benjamin a los *flâneurs* y merodeadores. El *flâneur* llega al lugar de los hechos o demasiado pronto o demasiado tarde, y de ahí la conciencia de su desplazamiento.

El diarista es una mezcla de las dos cosas, de un seductor, y de un *flâneur* o transeúnte. Por un lado quiere contarle de sí mismo al lector las cosas que la realidad le ha contado de otra manera, o se las ha omitido. Pero por otro lado es un ser desplazado. Cuya única cita a la que llega puntual es la que tiene con su diario. Digamos que el diario es un esfuerzo por sintonizar realidad exterior e intimidad, desenfocadas precisamente por los propios conflictos afectivos del diarista.

Intimidad y literatura: un imposible

¿Se puede escribir un diario íntimo? Ésta es la verdadera cuestión. Mairena, con la gracia que le caracterizaba, solía refutar tal hipótesis con una frase inapelable: «Nada menos íntimo que un diario íntimo», apotegma que no sé por qué razón yo he unido siempre a una frase del mismo libro en la que de forma no menos inapelable sostenía que «malo es el mutis que se hace aplaudir». Los diarios íntimos son en principio un mutis, pero un mutis por el que el escritor espera recibir algo, un aplau-



Andrés Trapiello (Manzaneda de Torío, León, 1953) es narrador, poeta, crítico, ensayista y editor. Como narrador ha publicado tres novelas, *La tinta simpática*, *El buque fantasma* (Premio de Novela Plaza-Janés 1992) y *La malandanza*. Como poeta es autor de *Las tradiciones*, en donde recoge buena parte de su obra, y *Acaso una verdad* (Premio Nacional de la Crítica). Como ensayista literario ha publicado, entre otros títulos, *Las armas y las letras* (Premio Don Juan de Borbón) y *Los nietos del Cid*. Hasta la fecha ha publicado cinco tomos de diarios: *El gato encerrado*, *Locuras sin fundamento*, *El tejado de vidrio*, *Las nubes por dentro* y *Los caballeros del punto fijo*.

so o la consideración del lector o la piadosa mirada de la posteridad. Los diarios, sí, más que la salida a escena de un autor, son su salida de ella. Pero conviene que nos preguntemos qué es verdaderamente lo íntimo para saber si es o no posible un diario íntimo y si la intimidad es la verdadera naturaleza de los diarios, lo que les da un sentido como género, así como el fundamento de la novela sea la ficción o el de la poesía las emociones.

Quedémonos con que lo íntimo hace referencia a aquello cuya publicidad modificaría o imposibilitaría nuestras relaciones con los demás. ¿A qué llaman los escritores diarios íntimos? Para

muchos no es más que ese lugar en el que pueden decir las cosas que no se atreven a poner en circulación en persona, por razones diversas. Tiene uno la sensación de que la intimidad es un pacto entre el Yo y su sombra. La sombra del yo naturalmente es su conciencia, y nada de lo que se habla entre ellos debería salir a la luz. Es entonces cuando el escritor de diarios baja la voz, aunque a veces, precisamente ante las confesiones íntimas, el diarista la levanta para que le oigan bien. El caso es que se produce una ilusión: la de que se ha creado un pacto entre el autor y su lector, convertido en un confidente.

«El diario no es esencialmente una confesión, un discurso de sí mismo», nos dice Blanchot. «Es más bien un memorial. ¿Qué es lo que debe recordar el escritor? Debe recordarse a sí mismo, debe recordar quién es cuando no está escribiendo, cuando vive la vida cotidiana, cuando está vivo y verdadero, y no moribundo y sin verdad. Y, sin embargo, el medio del cual se sirve para recordarse a sí mismo es, hecho extraordinario, el elemento mismo del olvido: la escritura.

El diario es una defensa contra los peligros de la escritura. Allá, en las profundidades de la obra, todo se pierde, quizá hasta la obra misma se pierde. El diario es el ancla por medio del cual el escritor se ata a la realidad cotidiana.» Ha valido la pena una cita tan larga, porque, despojada de su prurito intelectualista, puede servirnos para abordar algunas cuestiones especialmente relacionadas con la intimidad, con la literatura y con la vida.

También para Blanchot los diarios suceden siempre fuera de la confesión, lejos de la intimidad que ha decidido explicitarse. Incluso podemos mostrarnos de acuerdo cuando dice que son un memorial, pero de hecho eso no es decir gran cosa, porque todo cuanto se escribe es un memorial. Se escribe para eso, para recordar, para no morir, de ahí que se comprenda mal todo ese lío de que la escritura es el elemento del olvido.

Si hay dos palabras que no deberían ir juntas nunca son precisamente esas dos, olvido y memoria, porque suelen salir de su combinación unas frases un tanto pretenciosas y conceptistas que apenas significan gran cosa. Quedémosnos con que en el diario el escritor toma conciencia de sí mismo. Pero tampoco explicaría mucho. Pongamos dos ejemplos. Tomemos por un lado los diarios de Thomas Mann y por otro los de Bernardo Soares, de naturaleza tan diferente.

Ninguno de los dos diarios se publicó en vida de su autor y Mann incluso se tomó la molestia de redactar unas disposiciones testamentarias en las que prohibía su publicación hasta pasados unos años después de su muerte. Durante ese tiempo muchos pensaron que tales diarios serían una verdadera bomba, algo que conmocionaría al mundo, pero una vez aparecidos todo el mundo quedó desconcertados, no sabiendo si la insulsez e intrascendencia de sus contenidos se trataba de una broma póstuma del autor.

En el caso de Soares, Pessoa no se tomó ninguna molestia de nada, metió los cuadernos en un famoso baúl y esperó cincuenta años desde su tumba. No era para él una cuestión de tiempo. Uno, Mann, fue mientras vivió un escritor notable y celebrado en todo el mundo. El otro en cambio no fue nada; podríamos decir incluso que no fue nadie, pues no es más que la invención de un personaje fruto de la mente de Pessoa. ¿Cuál es el resultado?

De no saber que los *Diarios* de Mann son suyos, si no nos ayudaran a explicarnos mejor a un hombre que al tiempo que los llevaba escribía una de las obras más importantes y bellas de su tiempo, los creeríamos de alguien no sólo neurótico, sino incluso vulgar. Pero basta leer las primeras páginas del *Libro del Desasosiego* para saber que nos encontramos ante una de las grandes obras de todo este tiempo, paradójicamente situada junto a esas otras obras que tanto y merecido nombre proporcionaron a Mann.

Cien años de diarios españoles

Resulta difícil dar una razón por la cual tan pocos escritores españoles han escrito diarios. Sería preciso considerar la escasez de diarios de escritores relacionada a un tiempo con la propia literatura y con el tejido social, ya que pudiéramos pensar en el diario como el género burgués por antonomasia. Los diarios de escritores parecen contener también algo específico de escritores para escritores o para gentes tan amantes de la literatura. Tiene mucho de refinamiento literario el diario. En la literatura española habrá que esperar al *Diario de un enfermo*, que escribió en los albores del siglo Azorín, y a *Las iluminaciones en la sombra*, de Alejandro Sawa, para hablar de dos grandes, aunque parciales y demasiado literaturizados, diarios literarios. El 98, o los escritores del novecientos, como nos gustaría que se les llamase, es la generación de los grandes egotistas españoles. Todos ellos escribieron mucho de sí mismos y, sin embargo, ni uno sólo de ellos llevó a cabo un diario, en la forma tradicional en que lo conocemos. Las razones por las que estos escritores, en comparación con los escritores de la generación anterior, escribieron tanto de sí mismos son de diversa naturaleza, personal y circunstancial. Fueron hombres con una gran personalidad, egotistas, dialécticos infatigables y hombres de tertulia y de Ateneo. Pensaban, como verdaderos artistas modernos, que en literatura no todo era la realidad, el objeto sobre el que fijaban la mirada, sino que tanto o más importante que esto era el punto de vista. Con todo ello habrían podido haber escrito unos diarios, tal y como los entendemos hoy, diarios desorganizados, personales, íntimos, fragmentarios. Aunque hubo alguna excepción. La primera seguramente es el *Diario de un enfermo*, de Azorín, de 1901; éste demostró que conocía a la perfección el género, pero no volvió a escribir ningún libro en forma de diario.

Y así llegamos a uno de los libros

más singulares y tristes de la literatura del fin de siglo, a *Las iluminaciones* de Sawa. Podríamos decir que fue el canto del cisne de la bohemia española, su fruto no sólo póstumo, sino más perfumado, hermoso y maduro. Si el *Diario* de Azorín es una literaturización excesiva, con el de Sawa estamos hablando del primer gran diario de un escritor español, porque su autor no quiere ser otro que él mismo, aquel que una y otra vez nos desgranará dolorosas confesiones: «Yo no hubiera querido nacer; pero me es imposible morir». No es el caso para contar aquí la vida de Sawa, pero ese libro, ese diario íntimo suyo no se entendería sin ella.

Otro de los primeros en hablar de sí mismo y novelarse como personaje fue Unamuno. «Hay quien investiga un cuerpo químico —escribió—; yo investigo mi yo, pero mi yo concreto, personal, viviente y sufriente. ¿Egotismo? Tal vez; pero es el tal egotismo el que me libera de caer en el egoísmo.» Y era verdad, porque no podemos llamar egoísta a un escritor que después de haber atendido la cátedra y el rectorado de su universidad, durante cuarenta años, después de escribir uno o dos largos artículos semanales para los periódicos y revistas de América o de España, y novelas, y poemas, y ensayos y obras de teatro como para llenar ocho volúmenes de apretada letra sobre papel biblia, no podemos considerarle egoísta, decimos, tras ese penoso trabajo de vivir, a quien aún encontró tiempo para escribir a lo largo de su vida más de cuarenta mil cartas, algunas tan extensas e importantes como cualquiera de sus pequeños ensayos o de sus largos artículos. Hablé, pues, mucho de sí Unamuno, en libros parcial o totalmente autobiográficos, pero habría que esperar, primero a su *De Fuerteventura a París* y luego a su *Cancionero*, que apareció con el subtítulo de *Diario poético*, puesto por Federico de Onís con absoluta propiedad, ya que se trata de casi dos mil composiciones fechadas todas y cada una de ellas desde 1928 al día de los inocentes del año 36, dos días antes

de morir. Son ambos dos diarios poéticos, el primero con unas glosas en prosa que le permiten divagar, comentar, recordar.

Proyecto de muy parecida naturaleza al *Cancionero* de Unamuno, si bien anterior en diez años, había sido el *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez, sólo que en éste se dan algunas circunstancias que lo hacen ligeramente diferente y, desde luego, algo mucho más acabado y consciente. Es, como en el proyecto unamuniano, un libro en el que la fecha tiene un protagonismo excepcional, por mostrarnos la oscilación de un sentir. En cierto modo se podría dibujar una gráfica del estado del poeta, como la curva febril de un enfermo. Se ha dicho que fue este libro el que significó la modernización de la poesía española, pero no solamente fue eso, sino el intento muy inteligente de poder hacer un nuevo género de poesía, sin desvincularla de la vida, aprovechando lo que de la vida se lleva siempre un diario.

Después de Sawa y estos intentos poéticos, no me parece que haya ningún relevante diario en la literatura hasta tropezarnos con los de Azaña. Está, desde luego, *El cuaderno gris*, de Pla, al que tendremos que datar, si nos atenemos al año que en él se declara, como de 1918 y 1919, pero todo el mundo sabe que fue un libro que Pla corrigió notablemente después de la guerra. El de Azaña es un diario muy importante, sin duda; es posible que desde un punto de vista histórico, el más importante que se haya escrito en España nunca. Por muchas razones: por el volumen y la escrupulosa consignación de sucesos y por la agudeza de muchas de sus anotaciones. Se publicaron también póstumamente y con un título un tanto confuso, porque se les tituló *Memorias políticas y de guerra*. Estas *memorias* de Azaña son, o me las recuerdan siempre, como otras memorias, que se publicaron, sin embargo, con el inequívoco título de *Diario íntimo*, de Eugenio Noel. Las de uno son la historia grande de España; en cambio, las del otro son

la historia que no sale nunca en los libros. En unas se explicitan los grandes planes para cambiar el país; en las otras, los gigantesos esfuerzos de un hombre pequeño al que sepulta la montaña de indiferencia. Sus autores eran de parecida edad y los dos fueron escritores fracasados. Ambos intentaron, cada cual a su manera, una regeneración del tejido moral y social de España. Y ambos terminaron no teniendo de valioso sino su vida, y los dos decidieron, como Sawa, intentar salvarse por la vía de las memorias, o de los diarios, que en ambos casos también acabaron publicándose de una manera póstuma, no porque la publicación estuviese fuera de sus proyectos para esos papeles, como porque la muerte les ganó por la mano. En uno y otro caso, además, los dos fueron conscientes no sólo del valor que tenían aquellas anotaciones de su diario, sino que probablemente acabaron estimándolas como lo mejor de sí mismos.

El lector de diarios y el buscador de tesoros

Los diarios son el último género que la modernidad ha valorado y propiciado, quizá porque su carácter fragmentario refleja tan bien un mundo como el nuestro.

Establecido el principio según el cual la modernidad ama los diarios, y necesita de ellos para una más satisfactoria reconstrucción del presente que huye, cabría preguntarnos si el lector de nuestra época o, si se prefiere, el lector de diarios recibe todos estos diarios por igual. Naturalmente, no. Son los diarios de hechos extraordinarios, en primer lugar, los que llaman más poderosamente su atención, más que aquellos otros referidos a existencias vicarias o anodinas, diarios cuya excepcionalidad viene a menudo marcada por ser diarios con límites claramente establecidos: el diario de un viaje, el de una estancia, el de su secuestro, el de una determinada función política, etc. Los diarios escri-

tos a lo largo de una vida suelen, por el contrario, llamar mucho menos la atención de ese lector, al que incluso pueden llegársele a ofrecer en antologías más o menos representativas, aunque no siempre respetuosas con ese *continuum* que los configuran como obra.

Es importante hacer hincapié en esto. En la medida en que el diario es fruto de unos momentos disparejos y fragmentaciones de un vivir, elegidos no obstante por el escritor como representativos de su propia vida, algo así como el perfil de su rostro y de su vida moral hecho con puntos suspensivos, cualquier manipulación en todo el conjunto supone siempre una alteración grave de conjunto, hasta el extremo de que podría darnos como resultado algo muy diferente de lo que leíamos en origen, en su conjunto natural, y, desde luego, sin posibilidad de ejercer sobre él una lectura inteligible. Si el diario es, como creo, el dibujo de la realidad hecho con una línea de puntos suspensivos, algo ya de por sí troceado y discontinuo, imaginemos lo que significaría sólo unos pocos de esos puntos, escogidos al azar y presentados de nuevo a un lector inocente que no reconocería en ellos más que lo que tienen de puntos, pero no lo que, aun de modo discontinuo, tenían de líneas.

El lector de los diarios de Seferis, publicados hace unos meses, se encontraría, por ejemplo, con que ese poeta griego no se relacionó en su vida con nadie que no fuese famoso o Premio Nobel, cuando en realidad eso no dejaría de ser una apreciación falsa, pues no es sino la obra que el traductor y antólogo ha hecho con ellos, publicando únicamente los fragmentos en los que el diarista habla de personajes célebres, en el convencimiento de que eso los haría más atractivos para el lector, aunque no sepamos si esos son los fragmentos más interesantes del conjunto. Los diarios, como el yacimiento donde han ido sedimentándose los momentos de cada día, debemos tomarlos tal y como nos llegan, sin intervenir en ellos más que como espectadores, sumándonos a su

vida, no cambiándosela. Al igual que las biografías o que las traducciones de un libro, podríamos decir que los diarios tienen una vida natural de unos cincuenta años, es decir, la vida de la generación a la que pertenecen, a menos que no concurren en ellos calidades excepcionales de penetración psicológica o literarias que lo conviertan en una obra con todas las prerrogativas de las obras llamadas a perdurar en el tiempo, como un poema, una novela o un drama. Pasados esos cincuenta años, desaparecidos los actores que forman parte de su trama, a los diarios les ocurren dos cosas, como a la mayor parte de las novelas del tiempo: o pasan definitivamente al apartado de la historia y quedan a disposición de los eruditos, si acaso, o logran mantenerse vivos en la memoria de unos lectores renovados.

Muchos diaristas creen, con más o menos fundadas razones, que el lector de diarios va buscando en ellos proyecciones e identificaciones que le aproximen a la voz del diarista, algo así como una voz para la mudez de su garganta sentimental. Sin entrar en lo que esto pueda tener de verdad (es muy difícil, por ejemplo, identificarse con la vida y el pensamiento de Jünger, o encontrar paralelismo con su vida extraordinariamente movida, a menos que se sea coronel del ejército, y, sin embargo, Jünger cuenta con muchos lectores, incluso entre quienes abominamos no sólo del ejército en general y de todos los sentimientos bélicos, sino del ejército alemán al cual perteneció en particular), podríamos encontrar y sistematizar algunas características que los lectores buscan en los diarios, como estrellas polares los marinos, referencias por las cuales su navegación por mundos tan personales no se conviertan en improductivas y erráticas marchas en círculo.

Busca el lector, ante todo, un yo diferente al suyo, como en cierto modo busca el escritor de diarios un yo distinto, al que poder dirigirse, al que hacer su confidente, y de la misma mane-

ra que sueña el diarista con ser otro, sueña el lector con poder ser ése de cuya vida se le ha hecho partícipe. Ése es, quizá, el punto más difícil para un escritor de diarios, mostrar un yo que le resulte fraterno y amistoso a ese lector, un yo que no le eche de su lado, sino que lo retenga, como Sherezade. Porque es precisamente el yo lo que antes caduca en un diario y suelen ser los diarios donde el yo queda oscurecido por la realidad los que tienen más posibilidades de pervivir, en tanto que aquellos otros en los que todo está montado sobre el yo del escritor suelen echarse a perder mucho antes.

Hay, por otro lado, que insistir en otra cuestión: no hay diarios malos, sino vidas mal contadas, y más aún, vidas sin demasiado interés a las que trata de adobarse, para hacerlas pasar por buenas, como hacen algunos con la carne en mal estado a la que envuelven en especias para hacerla pasar por buena. De ese modo ha de desconfiarse también de los diarios excesivamente especiados o trufados con nombres propios rutilantes, o el exhibicionismo de lecturas exóticas, o la solemnidad de ideas catedráticas, porque no suelen sino envolver carencias de más problemática sustitución y, por tanto, vienen a ser algo así como una cortina de humo para no tener que hablar de una vida desnuda, que es en principio de lo que ha de tratarse en un diario, lo que le justifica como libro. De modo que el lector quiere primero que no se le engañe, que no le presenten un yo en exceso vestido, para saber quién habrá de ser su interlocutor. El diario, en fin, no es más que la vida de un hombre que ha renunciado a su vida, por atención al lector, con el que va a presenciar la caravana que pasa. Una caravana cargada de tesoros incalculables: tal detalle, tal imagen, la alegría íntima de un día, tal aforismo, el modesto botín de su vida modesta. Son esos los tesoros que el escritor de diarios le da al lector. Es ése el tesoro que un lector de diarios busca: saber, mientras los tiene ante los ojos, que él también es inmortal. □